

La España cómica en la Colección UC de Arte Gráfico



Pedro Casado Cimiano (Santander 1936) es doctor en Ciencias Químicas. Ha sido profesor del Departamento de Química de la Universidad de Cantabria entre 1972 y 1998; en ese tiempo fue director y docente de numerosos cursos de postgrado, incluido el Máster en Ciencia y Tecnología Lechera, del que fue, además, creador. Fue director técnico de la Cooperativa Lechera SAM y, más tarde, director de la división de I+D del Grupo Lácteo LESA, del INI. Numerosas publicaciones lo avalan como una de las mayores autoridades del sector lácteo.

Como coleccionista, su pasión han sido y siguen siendo los libros y las revistas ilustradas del siglo XIX. La riqueza de sus fondos había sido intuida a través de los préstamos que siempre ha realizado para diferentes exposiciones dentro y fuera de Santander; de hecho, en 2003, fue nombrado colaborador honorífico del Área de Exposiciones de la Universidad de Cantabria. Él mismo ha volcado en varias publicaciones parte de la experiencia adquirida en esta otra faceta, como se puede comprobar en la bibliografía de este mismo volumen.

En 2008, él y su esposa, Lucía Gutiérrez Montalvo, depositaron una parte significativa de su colección en la Universidad de Cantabria, con la intención de que pase a formar parte efectiva de la Colección UC de Arte Gráfico a medida que vaya siendo catalogada y expuesta. Como muestra de gratitud, la institución académica acordó poner el nombre del coleccionista al espacio físico donde se conserva la colección universitaria, el Gabinete de Estampas Pedro Casado Cimiano, sito en la Biblioteca de la Universidad de Cantabria (BUC). *España cómica. Apuntes de viaje* constituye la primera serie de estampas extraída del definido, a su vez, como Fondo Pedro Casado Cimiano.

Fondo Pedro Casado Cimiano, 1

La España cómica
en la Colección UC de Arte Gráfico

Paraninfo de la Universidad de Cantabria
13 marzo / 25 abril 2009

Fondo Pedro Casado Cimiano, 1



Colabora



Universidad de Cantabria.

La "España cómica" en la Colección UC de Arte Gráfico : [exposición : Santander], Paraninfo de la Universidad de Cantabria, 13 marzo-25 abril 2009. -- [Santander] : Universidad de Cantabria, 2009.

-- (Fondo Pedro Casado Cimiano ; 1)

Obras de Ramón Cilla, Eduardo Sáenz Hermúa "Mecachis", Pablo Parellada y Molas "M. González" y textos de Sinesio Delgado.

D.L. SA. 30-2009

ISBN 978-84-8102-531-6

Grabado-- España-- Exposiciones-- Catálogos.

Grabado-- España-- S. XIX.

Caricaturas y Dibujos Humorísticos-- España-- S. XIX.

76(460)"18"(083.824)

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA:

RECTOR: Federico Gutiérrez-Solana Salcedo

VICERRECTOR DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA: Eduardo Casas Rentería

DIRECTOR DEL ÁREA DE EXPOSICIONES: Javier Gómez Martínez

ASISTENCIA TÉCNICA Y CATALOGACIÓN:

Nuria García Gutiérrez

TEXTOS:

Federico Gutiérrez-Solana Salcedo

Carlos Dardé Morales

Pedro Casado Cimiano

MATERIAL DIDÁCTICO:

Juan Martínez Moro

Joaquín Martínez Cano

Joaquín Cano Quintana

FOTOMECÁNICA:

Biblioteca de la Universidad de Cantabria

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN:

Imprenta J. Martínez, S.L.

© Universidad de Cantabria

© De los textos: los autores

ILUSTRACIONES DE CUBIERTA Y CUARTA DE CUBIERTA:

"Prólogo". *España cómica. Apuntes de viaje* (anverso y reverso)

ISBN 978-84-8102-531-6

Depósito Legal: SA-30-2009

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN	7
Federico Gutiérrez-Solana Salcedo	
ESTUDIO	9
<i>Una visión amable y humorística de España</i>	9
Carlos Dardé Morales	
BIOGRAFÍAS (Ramón Cilla, “Mecachis”, “M. González”, Sinesio Delgado)..	21
Pedro Casado Cimiano y Carlos Dardé Morales	
CATÁLOGO	25
Nuria García Gutiérrez	
-Prólogo	27
-Albacete	27
-Alicante	28
-Almería	28
-Ávila	29
-Badajoz	29
-Barcelona	30
-Bilbao	30
-Burgos	31
-Cáceres	31
-Cádiz	32
-Castellón	32
-Ciudad Real	33
-Córdoba	33
-Coruña	34
-Cuenca	34
-Gerona	35
-Granada	35
-Guadalajara	36
-Huelva	36
-Huesca	37
-Jaén	37
-León	38

-Lérida	38
-Logroño	39
-Lugo	39
-Madrid	40
-Málaga	40
-Murcia	41
-Orense	41
-Oviedo	42
-Palencia	42
-Palma de Mallorca	43
-Pamplona	43
-Pontevedra	44
-Salamanca	44
-Santander	45
-Santa Cruz de Tenerife	45
-San Sebastián	46
-Segovia	46
-Sevilla	47
-Soria	47
-Tarragona	48
-Teruel	48
-Toledo	49
-Valencia	49
-Valladolid	50
-Vitoria	50
-Zamora	51
-Zaragoza	51

MATERIAL DIDÁCTICO	53
Juan Martínez Moro, Joaquín Martínez Cano y Joaquín Cano Quintana	

BIBLIOGRAFÍA	63
---------------------------	----

PRESENTACIÓN

Son varias las personalidades que conviven en Pedro Casado Cimiano: la del industrial, la del profesor, la del investigador y la del coleccionista, cuando menos. Por todas o por cada una de ellas es sobradamente conocido en la ciudad de Santander y en la Universidad de Cantabria. No vamos a incidir en las tres primeras más allá de lo anotado en la reseña curricular que va en la solapa de este volumen y que se resume, en efecto, en toda una vida dedicada al desarrollo de los productos lácteos, sector estratégico en esta comunidad autónoma, desde la investigación y desde la docencia. Es en ese capítulo en el que a la Universidad de Cantabria le cabe el privilegio de haber acogido las diez ediciones del Máster en Ciencia y Tecnología Lechera (1988-1998) por él dirigido.

El papel como coleccionista de Pedro Casado es el que evidentemente nos interesa ahora. Con seguridad su amor por Santander tiene mucho que ver con su pasión por las publicaciones ilustradas del siglo XIX, dado que el desarrollo de la ciudad y esa época se hallan tan significativamente relacionadas. De hecho, su nombre se ha podido ver en los créditos de varias exposiciones sobre la imagen y la historia de la ciudad y su puerto, como la que conmemoró el centenario del incendio del *Machichaco* en 1993. No solo eso, también sus estampas han nutrido exposiciones análogas en otras ciudades, como la que dedicó el Museo de Bellas Artes de Bilbao, en 2003, a las representaciones de la capital vizcaína en las revistas ilustradas.

Mientras tanto, aquí, habíamos podido ver expuestos sus primorosos ejemplares de libros ilustrados por Gustave Doré: fue en nuestro Paraninfo, durante los meses de junio y julio de 2001. Podemos interpretar hoy como un feliz presagio el hecho de que aquella muestra coincidiera en el tiempo con el nacimiento oficial de la Colección UC de Arte Gráfico, cuyo fondo original era adquirido en aquellos mismos momentos precisamente. Pedro Casado ha sido siempre un gran entusiasta de la especialización expositiva en arte gráfico y del desarrollo de una colección universitaria del mismo signo, y fue su permanente proximidad la que propició la Resolución Rectoral del 1 de abril de 2003 por la que fue nombrado colaborador honorífico del Área de Exposiciones.

Al depositar una parte significativa de su colección particular en la Universidad de Cantabria, Pedro y su esposa Lucía Gutiérrez Montalvo protagonizan un acto de generosidad y responsabilidad digno de los mayores elogios, al poner en valor la calidad del conjunto de libros, revistas y estampas sueltas reunido a lo largo de tantos años, por un lado, y señalar, por otro, la importancia de garantizar su integridad y su aprovechamiento público en el futuro.

Sin duda, la Universidad de Cantabria se enorgullece de merecer la confianza de Pedro y de Lucía, como depositaria de su legado cultural, atendiendo entre otras razones, como ellos mismos han manifestado, a la importancia que ya ha adquirido la Colección UC de Arte Gráfico. En prueba del agradecimiento a esa confianza y al reconocimiento que implica, esta institución acordó, el pasado 23 de julio de 2008, bautizar con el nombre del coleccionista el espacio físico donde se guarda la colección académica, a saber, el ya

conocido como Gabinete de Estampas Pedro Casado Cimiano, localizado en la Biblioteca de la Universidad de Cantabria, en la división del Edificio Interfacultativo. En verdad, el tipo de obras que componen el asimismo denominado Fondo Pedro Casado Cimiano es el más característico de esos espacios especiales dedicados a la custodia de estampas en tantas bibliotecas públicas y privadas, históricamente hablando.

Las estampas de Pedro Casado se integran con naturalidad en la Colección UC de Arte Gráfico y al mismo tiempo la complementan desde su propia característica. Eso es así desde el momento en que las estampas que ha ido adquiriendo la UC pertenecen casi en su totalidad al siglo XX y predomina en ellas el criterio artístico, si bien se ha buscado siempre potenciar la dimensión histórica, mientras que las de Pedro Casado pertenecen casi en su totalidad al siglo XIX y predomina en ellas el criterio histórico o documental, si bien no es difícil advertir su dimensión artística. Sintonía total en la dualidad dimensional histórica-artística de la Colección.

Presentamos ahora el primer conjunto de estampas extraído de ese fondo: la serie de litografías editadas entre 1887 y 1888 bajo el título *España cómica. Apuntes de viaje*. Constituye una excelente tarjeta de presentación del nuevo fondo, por cuanto amalgama buena parte de las cualidades que normalmente asociamos con las estampas del siglo XIX. Esas cualidades son las que se ha encargado de resaltar y sistematizar, en el estudio que antecede al catálogo propiamente dicho, Carlos Dardé, profesor de esta Universidad y perfecto conocedor de la época, la España de la Restauración. Por lo escrito, se hace evidente lo mucho que ha disfrutado con las imágenes y los textos que conforman la *España cómica*. Impresos en el reverso de las litografías, el público dispondrá de esos textos en la sala, para que pueda acudir a ellos en cualquier punto del recorrido. Los más jóvenes encontrarán en estas mismas páginas el material que los profesores que integran el Gabinete Didáctico han preparado para aprovechar al máximo la visita o trabajar desde el aula. A todos (los que han hecho posible esta magnífica exposición), les expresamos nuestro agradecimiento. También a todos aquellos que la visiten, a los que deseamos disfrutar del feliz viaje que nos sugiere.

Federico Gutiérrez-Solana Salcedo
Rector de la Universidad de Cantabria

UNA VISIÓN AMABLE Y HUMORÍSTICA DE ESPAÑA*

Las láminas que componen *España cómica. Apuntes de viaje*, con dibujos y versos alusivos a cada una de las capitales de provincia españolas -y, excepcionalmente, a alguno de los pueblos de las mismas-¹ se publicaron en el semanario ilustrado *Madrid Cómico*, entre el 16 de octubre de 1886 y el 25 de agosto de 1888; las que se exponen proceden de la reedición, como suplemento de calidad, que se llevó a cabo casi paralelamente (1887-1888). El semanario festivo, que tenía una tirada de unos 8 000 ejemplares, se editaba en Madrid y se distribuía por toda España. Su director y propietario en aquellos años era Sinesio Delgado, y entre sus colaboradores destaca Ramón Cilla, cuyas caricaturas de los personajes de actualidad, con cabeza grande y cuerpo pequeño, ocupaban la primera página de la publicación y eran muy populares. Lógicamente, cabe atribuir la iniciativa de la creación de *España cómica* a Sinesio Delgado, que escribió los versos que acompañan a cada una de las láminas, dibujadas por Ramón Cilla, la gran mayoría, y por Eduardo Sáenz Hermúa -que firmaba como “Mecachis”- y, una de ellas, por “M. González”, pseudónimo de Pablo Parellada (Casado Cimiano, 2006: 89).

Como se indica en el prólogo de *España cómica*, la colección trataba de presentar un “desfile de tipos y costumbres y paisajes”, “distintas gentes, lugares varios, infinitas cosas”, una España bien diversa, en definitiva. En la ilustración inicial se recogía esta variedad de paisajes humanos existentes en el país, junto con el escudo de España y una referencia histórica: el Cid Campeador.

Hoy es un tópico hablar de la España plural, pero la diversidad que recoge la publicación de que tratamos es en gran parte distinta de la actual. Ésta es fruto de la naturaleza y de la historia, sí, pero también de la voluntad consciente de cada localidad por afirmar su identidad propia, en un marco legal que lo permite y lo impulsa. Es una pluralidad moderna. Aquélla, la de *España cómica*, sin embargo, era la variedad tradicional, la anterior a la estandarización inherente al gran proceso de modernización que, como señaló Raymond Carr, llegó a la mayor parte del país en la tercera década del siglo XX, gracias a la extensión de las carreteras y el uso generalizado de los camiones.² Muestra de ello es la diferente indumentaria que se recoge en las ilustraciones de casi todas las provincias y las diferentes músicas populares -“seguidillas manchegas,/ rondallas de Aragón, gaitas gallegas,/ las coplas de la corte,/ modelos de intención y picardía,/ los cantos melancólicos del Norte,/ los lamentos de amor del Mediodía”- a las que se refiere en el prólogo Sinesio Delgado, que no eran entonces elementos del folklore regional conservados o recreados voluntariamente sino una realidad vivida. No obstante, queda constancia en la obra de que el proceso de cambio ya había comenzado: al tratar de Asturias, el autor se lamenta de que “se van perdiendo los rasgos/ que distinguían los pueblos./ Al nivelador empuje/ del huracán del progreso,/ tipos, costumbres y trajes/ van lentamente cayendo”.

* Trabajo elaborado en el marco del proyecto S2007/HUM-0422 de la Comunidad Autónoma de Madrid.

¹ Jerez de la Frontera, Ferrol, Cartagena, Gijón, Redondela, El Astillero.

² Carr, 1966: 412. Un panorama general de las ciudades españolas en el siglo XIX, en Rueda, 2006: 34-50.

El propósito del presente artículo no es tanto analizar esta variedad tradicional como, a través de ella, destacar algo común, que subyace a la misma, en relación con la idea y la vivencia de la nación española. Ideas y actitudes que se manifiestan especialmente en los textos de Sinesio Delgado, y que podemos considerar representativas de la opinión y el sentir general del país en las primeras décadas de la Restauración, antes de sufrir la gran conmoción del Desastre de 1898. Sumariamente, son dos las características de fondo de la obra que se van a destacar: en primer lugar, la idea de España como una realidad no dramática, ni mucho menos trágica, al borde de la extinción -como se considerará solo una década más tarde-, sino “normal”, con fuertes contrastes, con pobreza y riqueza, atraso y progreso, que permite una contemplación crítica, pero con ironía y sentido del humor, no exenta de cierta complacencia; y, en segundo lugar, la vivencia completamente asumida de la nacionalidad española, tan diferente del carácter problemático que en fechas más recientes -y actualmente-, tiene la afirmación del hecho nacional español.

Una España en clave de comedia

Hace ya varias décadas que Hayden White señaló la importancia de la elección del género literario a la hora de contar una historia y afirmó que la forma determina el fondo, el contenido de lo que se cuenta (White, 1973). Es bien claro que los autores de la narración ilustrada del viaje por las provincias de España -que no otra cosa es *España cómica*-, optaron por la comedia -en lugar del drama, la tragedia o la composición lírica o épica-, y lo que cuentan tiene el carácter “ligero” y el “desenlace feliz” que caracteriza a este tipo de literatura (Moliner, 2001: 686). Otro problema es el relativismo que se desprende de la tesis de White, y que él mismo defiende -las cosas serían como el autor hubiera decidido previamente que fueran-; en el caso que nos ocupa, no parece que la elección del género literario por Delgado y Cilla fuera algo arbitrario, puramente subjetivo, que deformara sustancialmente el sentir general del país, sino que, por el contrario, reflejaba el estado mayoritario de la opinión; el tono amable y humorístico con que se hablaba de España no despertó indignación o crítica -como probablemente lo habría hecho una década más tarde-, sino que fue tranquilamente aceptado.

No estamos, por supuesto, ante un frío informe o una pretendida descripción objetiva de algo, sino ante la narración de una aventura. Ya en la ilustración del prólogo aparece el viajero, con su maleta y su manta, junto con los medios de locomoción utilizados en su periplo: barco, ferrocarril y diligencia, y en el texto se refiere a la falta de medios y al temor con que emprende la tarea. En las distintas composiciones, el autor habla frecuentemente de sí mismo, tratando de establecer una relación personal con sus lectores. Se refiere así frecuentemente a su estado de salud. Cuenta el efecto que el clima de las distintas ciudades ejerce sobre él: en Almería “arde todo”, y en Castellón suda “bajo los rayos/ de un sol que abrasa”. En Ávila, por el contrario, se muere de frío y lo hace “pensando en Dios... y en un brasero/ que no cabe en Madrid, de puro grande”. Aparecen, por supuesto, la terrible incomodidad de las diligencias -“símbolo del pasado que se aleja”-, y el martirio de los largos viajes a Soria o Teruel. Narra distintos incidentes personales como “la bulla” de un joven matrimonio en el cuarto de al lado de su hotel, en Barcelona, que no le deja dormir. O la impresión que le causan las mujeres de Cáceres que “usan

zapato bajo,/ corto el vestido/ ¡Conque ustedes calculen/ lo que he sufrido!”. Refiere distintos estados de ánimo, como la “dulce melancolía” que le produce el paseo por las solitarias calles de Córdoba. Y usa de diversos recursos como la conversación con su esposa, o el relato de aventuras juveniles, como un carnaval en León.

El panorama que ofrece del país está lleno de contrastes entre las distintas regiones y, dentro de ellas, en ocasiones, entre sus varias provincias e, incluso, en el interior de las ciudades, en las que muchas veces coinciden los modernos y amplios paseos, las alegres plazas, con los “montones de casas/ agrupadas sin concierto,/ callejos, escalinatas/ y todo lo que distingue/ a los pueblos viejos de España”. En unas predomina la actividad, “el tráfico incesante”, en otras el silencio y la soledad. Llama la atención la limpieza que -con muy pocas excepciones- resalta en todos los lugares. En conjunto, lo negativo predomina sobre lo positivo en Aragón, Castilla-La Mancha, Castilla la Vieja, Extremadura, y Galicia.

En Aragón, Zaragoza denota ciertos signos de progreso, como el tranvía, aunque las reformas han “respetado” los muros negros y las casas viejas. Considera que Huesca es una ciudad injustamente despreciada: “No es que yo quiera/ darle categoría de primera/ pero es como otras muchas capitales/ que llaman poblaciones principales”. Registra el contrabando existente en el Pirineo aragonés, “donde el hombre suda lo que gana/ burlando los cien ojos de la Aduana”. Y Teruel “es rico”, con “muchos pueblos de importancia/ que esperan solo un alma que les lleve/ sus trigos y sus vinos a la playa./ Pero habrá que esperar a que de fuera/ vida, dinero y materiales traigan,/ porque en este país nadie se arriesga/ y el que tiene dos reales se los guarda”.

Desde luego, Sinesio Delgado no aprecia la discreta belleza de La Mancha. La imagen de Albacete no puede ser más negativa: asentada en “una extensa llanura,/ tan árida como pocas (...)/ no hay nada que el conjunto descomponga,/ ni un edificio notable/ ni un detalle de la historia”. “No recuerdo -concluye- una pena/ tan grande, tan fastidiosa (...)/ como la que al alma lleva/ esta ciudad sin historia,/ sin monumentos, sin bulla”. En Ciudad Real no encuentra “nada notable”, aunque le terminan gustando “las casas jabelgadas, (*las*) calles anchas,/ todo bien arreglado y todo limpio”, pero le llama la atención su soledad: “Ni un alma en la estación. (...)/ Cruzamos un pasillo solitario/ y una sala lo mismo que el pasillo.../ A dos pasos está *Puerta Ciruela*,/ y no hay bicho viviente en el circuito”. Cuenca, donde la presencia clerical es abrumadora, según la expresiva ilustración correspondiente, es “artísticamente rara. (...)/ Un montón de casas viejas/ que se agrupan sobre el foso (...);/ en fin, conjunto sin arte,/ de extravagantes caprichos”. En Guadalajara, “la tierra que baña el Henares/ es monótona y triste, sin altas montañas/ ni valles hermosos, ni bosques umbríos,/ en fin, que se parece a La Mancha”. Toledo “ha cambiado poco (...)/ aquí no ha pasado nada”.

Tres ciudades destacan en una Castilla la Vieja en la que predominan el atraso y la pobreza: Valladolid, capital y granero de Castilla, “reflejo fiel de la corte (...)/ (*que*) prospera más cada día (...)/ es una de las mejores capitales de provincia,/ que tiene cuatro teatros (...)/ cafés, paseos, tranvías,/ dos círculos de primera, (...)/ un comercio floreciente,/ muchas fábricas de harina”. Burgos es “una ciudad muy bonita,/ con círculos de recreo,/ cafés, teatro, alamedas...”, y Segovia, sobre todo por el impulso que le proporciona la Academia de Artillería. Pero León es decadente, Palencia, “un lugarejo/ pobre, mezquino y viejo, (...)/ escasos de

caudal ríos y fuentes,/ raquíticos los árboles y entecos,/ tristes, pueblos y villas”; nada digno de reseñar encuentra en la ciudad (no menciona siquiera la catedral), que “es reflejo de un pueblo miserable/ que trabaja sin fruto/ (...). El suelo ingrato y duro/ se resiste a la azada y el arado (...)/ y a pesar de las grandes invenciones (...)/ se labran en mi tierra los terrones/ como se hacía en tiempos de los godos (...); hay un canal: el de Castilla,/ que en nada o casi nada se aprovecha”; en consecuencia, “luchando sin cesar el campesino,/ condenado a lentejas, pan y vino,/ prolonga a duras penas su agonía/ más lenta y más terrible cada día”. En las “calles casi siempre solitarias” de Salamanca, “se llena inmediatamente/ de dulce tristeza el alma”. Soria carece de fondas en las que alojarse; El Espolón es “un paseo elegante, precioso, bonito”, pero las “negruzcas fachadas, pedazos de muros,/ revueltas callejas, portales oscuros” dan a la población un aire misterioso, de leyenda, al que contribuyen “las muchas distancias, el largo trayecto/ que a Soria separan de la humanidad”. Y Zamora es comparable a “una enorme inscripción medio borrada/ que conserva los vívidos reflejos/ de la gloria pasada/ entre unos cuantos paredones viejos”.

Dos provincias que entonces formaban parte de Castilla la Vieja, Logroño y Santander, desentonan claramente del triste tono general de la región. Logroño le gusta y le parece muy alegre, de vida tranquila: “Si hubo paraíso debió de ser así”. En Santander distingue dos partes: “Un conjunto/ de hoteles nuevos y de casas viejas;/ éstas arriba, aquéllos en el muelle,/ limpios aquéllos y podridas éstas./ Abajo, comerciantes millonarios;/ arriba, pescadores, sardineras,/ la gente del país, que se defiende/ y opone un muro a la irrupción moderna./ Acá, los señoritos atildados,/ los marinos ingleses, los horteras.../ allá, las rudas huestes del trabajo,/ hombres tostados y fornidas hembras”. Pero vaticina que “va a vencer el progreso” y que junto con “las calles estrechas y malsanas”, desaparecerán también los tipos populares. Pero no importa, concluye, “¡vivirán en los libros de Pereda”. El Sardinero, que visita en invierno, le parece “triste, frío y solo;/ viudo de la colonia veraniega,/ parece una ciudad abandonada/ que de su propia soledad se queja”. En Santander no nombra ningún Casino sino un café, *El Brillante*, donde le lleva el periodista José Estrañi: “¡Y qué cosas se ven!, Chicas pintadas/, licenciados de Cuba, ¡gente buena/ que bebe, fuma, charla, tima y luce/ toda la podredumbre que le queda!/ ¡Parece que allí suben del mercado/ los miasmas de los cámbaros, que apestan!/ Es un café *Imparcial* con unas gotas/ de esencia descocada y canallesca”.

Las ciudades extremeñas no salen bien paradas: Cáceres le parece fea, a primera vista; luego distingue en ella “dos partes:/ un recuerdo vivo/ de antiguas artes,/ con calles sombrías/ donde pasa un alma cada dos días,/ y otra, montón informe/ de casas viejas”; en Badajoz, al menos, “las casas, con vanidad/ ocultan su antigüedad/ bajo una capa de yeso”, de forma que “se asemeja/ con esta mezcla tan rara/ a una señora muy vieja/ que se embadurna la cara”.

Las cuatro provincias gallegas son “compañeras de infortunio”, que “sufren el desdén” de los otros españoles. Considera una injusticia que Galicia sea objeto de “chistes trasnochados”. Él vuelve entusiasmado y afirma que “aquel bello país es mi delicia”. “¡Hermosa tierra! ¡La más hermosa del mundo!”. Destaca la gran animación de Coruña. Lugo le parece “linda”, con sus “chozas de pedruscos,/ los tejados de pizarra (...)/ y las calles, anchas, limpias,/ y los callejos oscuros”. La provincia de Orense “tiene un encanto irresistible”, aunque no deja de señalar la existencia de “chozas miserables,/ donde en revuel-

ta confusión habitan/ diez o doce personas respetables, (...)/ un cerdo, un par de vacas, un ternero,/ un perro, o dos, o tres, y un gallinero...”; la capital “es una población encantadora,/ pintoresca, bonita y animada,/ que allí, escondida, llora/ su belleza de todos ignorada”. Pontevedra tiene “luz y alegría de verdad,/ verde campo y ancha ría”, pero lamenta que “no tiene servicio/ de coches a la estación./ A pie emprendimos el viaje/ cada cual con su equipaje/ en busca de un parador,/ un hotel, o cualquier cosa”.

Por el contrario, lo bueno predomina sobre lo malo en las restantes regiones: Andalucía, Asturias, las islas Baleares y Canarias, Cataluña, Murcia, Navarra, la Comunidad Valenciana, y el País Vasco. Y también en Madrid.

Andalucía es “la patria del salero y los amores”. “No hay ciudad más linda” que Almería, “una joya de Andalucía.../ libre de ingleses/ y de *turistas*”, con sus “casas pequeñas,/ blancas y limpias,/ (*que*) junto a la costa yacen tranquilas”, aunque lamentando sus malas comunicaciones, exclama: “¡Es tan difícil/ ir a Almería! (...) ¡Ay! ¡Si pudiera,/ yo volvería!”. En el otro extremo de Andalucía, en Huelva, el viajero “tendrá la alegría/ que infunde la playa/ y el dulce sosiego,/ la paz y la calma/ que en sí lleva toda ciudad apartada”, no obstante la gran actividad de su “inmenso muelle,/ magnífica fábrica,/ el mejor de todos/ los puertos de España”. Cádiz, “la tacita de plata” también le parece bonita, coqueta y graciosa y Jerez de la Frontera, rodeado de “deliciosas campiñas”, con “cortijos por doquier” y “extensión vastísima de viñas”. Encuentra en Córdoba, “solitarias las calles,/ silencio en todo”. A Granada, la considera una de la ciudades “mejores de España/ con sus hermosos edificios,/ anchas vías, buenas plazas,/ paseos de primer orden,/ muchas calles de importancia,/ Círculo de Bellas Artes/ donde la gente trabaja (...)/ y un elegante Casino”. Jaén le parece mucho mejor de lo que le habían dicho, también con “buen y elegante Casino”. Aunque para casino el de Málaga, el Liceo: “Espaciosos salones, buenos cuadros,/ el *summum* del buen gusto y la elegancia,/ selecta biblioteca...; en fin, en eso/ se conoce la gente que adelanta,/ y se gasta el dinero en lo que vale,/ y luce de lo lindo lo que gasta”; “el comercio y la industria (*están*) florecientes” en una ciudad donde “¿quién no vive con placer?”. Y, finalmente, Sevilla, “la capital de Andalucía”, de la que se confiesa enamorado. Casi todo son alabanzas para una región en la que, no obstante, las ilustraciones recogen la mendicidad en Granada y en Jaén.

Al escribir de Asturias, “me rebosan los elogios / por los bordes del tintero”. En sus valles “por do quiera se explotan/ minas de carbón y hierro,/ y entre los hornos que humean,/ y el vapor que ruge preso,/ forman el maravilloso,/ casi divino concierto/ del prodigio de la industria/ con las bellezas del suelo”. Gijón “tiene una playa muy grande,/ tiene un magnífico puerto/ y tiene calles bonitas/ y tiene lindos paseos”. Oviedo, “con su abigarrado aspecto,/ una población, acaso/ de las mejores del reino”, en la que contrastan los “magníficos hoteles (...), el lindísimo paseo (...y...) un jardín precioso” del centro de la ciudad, con “allí arriba, la barriada/ de menestrales y obreros/ con sus corredores sucios,/ sus paredones mugrientos,/ sus puertas medio podridas,/ sus rampas y sus callejos”.

Palma de Mallorca es “una ciudad hermosa”, y las Canarias no son “islas solitarias,/ rocas negruzcas de granito y hierro,/ tan inhospitalarias/ que solo sirven para destierro”, como muchos creen, sino “un pedazo de África, el más bello,/ el más exuberante de alegría”. El paisaje de Santa Cruz de Tenerife, con el mar, las montañas, los ver-

des valles y los ríos, le parece que “junta, en fin, para mayor delicia,/ Granada, Baleares y Galicia”.

Hay un cierto contraste en Cataluña entre Barcelona y Tarragona, por una parte, y Gerona y Lérida, por otra. En la ciudad condal, “la multitud trabaja silenciosa/ dentro de su magnífico hormiguero”; en conjunto, le parece “bellísima”, y el ensanche, en concreto, “deja la impresión de lo grandioso”. En Tarragona, destaca “los campos, fértiles siempre (...)/ el batallar del comercio,/ el humear de las fábricas”, la multitud abigarrada en los muelles, “mientras las dos estaciones,/ en ferrocarril se mandan/ mutuamente sus presentes/ de vagonetas cargadas”. “No hay litoral más hermoso/ ni en las costas de Italia”, que el que transcurre entre Tarragona y Barcelona, que contempla desde “el camino de hierro (...)/ con los *rails* junto al agua”. Gerona, sin embargo, le da la impresión de una ciudad en la que se ha parado el tiempo: “Todo silencioso, todo triste,/ y dominado por la mole inmensa/ de aquella catedral/ severa, hermosa,/ levantada en la cumbre de la cuesta”; “ciudad de recuerdos (...), oculta de la patria en los confines,/ rodeada de montes, se conserva/ con todo su carácter, con sus tipos/ y su historia brillante y sus leyendas”. Lérida, injustamente olvidada, porque es “una provincia importante,/ agrícola esencialmente,/ trabajadora incansable,/ con el sello distintivo/ de los pueblos catalanes”, aunque el retrato que hace de la capital no es nada favorable: “Una inacabable serie/ de callejas transversales/ empinadas, sucias, cortas/ y empedradas con tal arte/ que el no hacerse allí pedazos/ es una suerte muy grande (...); ¡qué cuesta, Dios mío!/ ¡qué revueltas infernales!/ ¡qué callejones oscuros!/ ¡y qué aceras tan infames!”; y, por si fuera poco, las moscas, en un caluroso día de septiembre: “¡No he visto en mi vida/ moscas más insoportables!/ Las hay en casas y aceras,/ en las mesas, en los catres,/ en las narices de todos,/ en el vino, en los manjares,/ ocupan todos los huecos,/ se fijan en todas partes”. Aunque critica que en Barcelona “no hablen en cristiano”, la feliz estancia en Tarragona le anima a “aprender el martilleo/ de la lengua catalana,/ que acaba por ser muy dulce/ empezando por ser áspera”.

Murcia “es un pueblo (...)/ con la alegría/ de que disfrutan/ las poblaciones del Mediodía”, enclavada en la fértil huerta y con un paseo, el del Malecón “lindo de veras/ bajo las ramas de los naranjos/ y las palmeras”. En Pamplona destaca que “respetable muralla la aprisiona,/ fuerte, triste y sombría”.

“El País Valenciano vale un tesoro”. Alicante “le encanta”: “Un pueblo que me parece/ bonito, alegre y sin tachas”, en el que “el comercio, que es muy grande,/ y el trabajo, que no acaba,/ animan aquellas calles/ limpias, elegantes, anchas”. Frente a los “chalets” del ensanche de Albacete, que no son sino cuevas, en Alicante la “construcción de casas (...)/ transforman los contornos/ en importantes barriadas”. Castellón, “un pueblo grande/ de casas bajas,/ bonito, alegre,/ de calles anchas,/ *correctas*, limpias,/ bien arregladas”, donde encuentra “un enjambre/ de gente honrada/ que charla y ríe/ mientras trabaja/ (...) haciendo a pares las alpargatas./ Aquéllos hilan,/ éstos machacan,/ los unos cosen,/ los otros atan./ Hombres, chiquillos,/ viejas, muchachas/ con lanzaderas,/ agujas, tablas,/ ruedas, martillos/ husos y estacas.../ Todos se mueven/ y todos hablan (...)/ ¡Castellón puede/ si le apuraran/ calzar al mundo/ con alpargatas!”. Valencia es “inmensa”, con un ensanche “de aspecto maravilloso”; el Grao le decepciona porque no es elegante, pero “le animan a todas horas/ buques, tranvías, coches, locomotoras”.

Las “provincias vascongadas” son “un país delicioso y pintoresco”. En Bilbao, el mundo comercial “crece y aumenta/ tal vez como en ninguna (*otra ciudad*)”; de su ría le admiran “las fábricas que humean, los vagones/ de diminutos trenes/ que llenan de barricas y cajones/ explanadas y andenes;/ el nunca interrumpido movimiento/ de lanchas y vapores”; se burla de las “concordancias vizcaínas”, de la dificultad que los naturales del lugar tienen para unir correctamente los géneros masculino y femenino, y así escribe “lluvia menudo” o “brisa fresco”, “como dicen en Bilbao”. Destaca el “carácter cosmopolita” de San Sebastián “que es española por sangre/ y por gracia y por justicia;/ pero lo mismo sería/ francesa, italiana o suiza”. Vitoria es una “bonita población”, que recomienda visitar a los que en verano se dirigen a las playas; recuerda el arraigo que tuvo en esta provincia “la santa causa”, “pero aquello pasó (...)/ y solo queda allí la dulce calma,/ el tranquilo sosiego de los valles (...)/ y, como restos (...), curas y soldados”.

Madrid es “un pueblo grande, alegre, hermoso,/ donde una multitud que odia el reposo/ busca ocasión para gastar un duro”. La capital tiene “el don de atraerse voluntades”, y es una síntesis de toda España, “cortés, valiente, alegre, bulliciosa,/ simpática, expansiva y animosa.../ mezcla especial y extraña/ de trabajo y pereza,/ candidez y malicia”.

Las instituciones del Estado, concretamente las militares, dejan su huella en el paisaje urbano. Así, las Academias de Ávila, Segovia o Badajoz, o los arsenales de La Carraca y Ferrol: “Donde hay cadetes, hay alegría,/ corre el dinero más de lo justo/ y tienen *ellas*/ novio seguro”. No puede hablar mejor del Colegio de Huérfanos de la Guerra -“los huérfanos pobres de bravos soldados”-, instalado en el palacio del duque de Osuna en Guadalajara: “Los jefes que tienen a cargo el colegio/ son todas personas amables y tratan/ con tanta dulzura, con tanto cariño/ que yo, si pudiera, su sueldo doblara”.

Las gentes casi siempre salen bien paradas: “Amables hasta el extremo/ con las personas extrañas”, en Alicante; el pueblo extremeño es “fino y galante”; el pueblo gaditano, en contra de lo que mucha gente cree -dice- no se dedica constantemente a cantar y a bailar, sino que es “laborioso, muy formal, muy amable, muy prudente”. En Córdoba, “una gente que acoge con simpatía”. En Cuenca, ciudad que en aquella época tenía una connotación ridícula, “vive la más simpática gente/ que he conocido en mi vida”. El pueblo de Aragón, “franco, rudo, leal, noble y seguro”. La gente, “campechana” en Logroño y exótica en Lugo, donde “parece como bandada/ de pájaros de otros mundos”. Los asturianos son “afables y atentos”. En Santander, “buena gente;/ franca, noble y sencilla”. Y destaca la “dulce sencillez” de los canarios. Pero el carácter de los barceloneses le parece “frío y displicente”. En Lérida, “la gente es (...)/ hasta cierto punto amable”. Mientras que en el Albaicín de Granada, la “población morisca” es “negra, cerril, desgreñada”.

Hay una alusión constante a las mujeres de cada ciudad: considera que las de Alicante son “el producto de la tierra/ que tiene más importancia”; en Ávila encuentra a las muchachas “hermosas como arcángeles”; las extremeñas, en general, son “adorables” y las cacereñas, en concreto, “saladas y airosas”; alaba la alegría de las muchachas vizcaínas, que “son limpias como el oro y encantan con sus voces argentinas”; las burgalesas “fermosas (*sic*) de alma y cuerpo”; “las hembras gallardas/ con ojos de fuego,/ con luegas pestañas”; “aragonesas incitantes/ que tienen en sus ojos el infierno”. Y así todas. Aunque algo especial tienen las mujeres canarias: “Todos los empleados/ que a ganarse

la vida/ se van a las Canarias destinados/ se casan en Canarias enseguida”. En muchas menos ocasiones se trata de los hombres: “los más garridos del mundo” están en Lugo; en Huelva, “aquellas patillas/ de boca de *jacha*/ (...) dan un aspecto/ terrible a la cara” de los naturales. “Los chicos malagueños,/ rumbosos de verdad, gente de gracia/ que atrae las simpatías sin alardes”. Y en Salamanca, “unos mozos como templos,/ con sombreros como casas/ y calzones ajustados/ y cintos de media vara”.

Hay en los textos referencias a lo típico de cada lugar: navajas y puñales de Albacete, que son “los timbres de su gloria”; en Burgos, “aquel riquísimo queso/ que con candel de la tierra/ y un buen trago de lo añejo/ vos devolvía los bríos/ perdidos en los encuentros”, dice dirigiéndose al Cid Campeador; “los notables chorizos” de Extremadura; *pescaiyos* y manzanilla en Cádiz; el “divino Montilla”, en Córdoba; “ostras buenas/ que además de buenas son baratas”, en La Coruña; la miel de la Alcarria y “bizcochos borrachos” en Guadalajara; en Logroño, “el vino del país,/ que en opinión de muchos y finos catadores/ supera al Jerez seco” (el Rioja estaba empezando a alcanzar su notoriedad actual); las ensaimadas mallorquinas; “las riquísimas sardinas/ que venden a diez céntimos docena”, en Santander; la paella que es preciso comer en el Grao; y el vino de Zamora.

Un panorama tan halagüeño se ve a veces ensombrecido por tonos sombríos. Así, una cierta sensación de impotencia ante el abandono por parte del Estado que sufren algunas provincias: Albacete “batalla con sus desdichas/ y con su dolor a solas”; Almería “en vano pide/ y en vano grita/ pidiendo auxilio./ ¡Nadie la auxilia”; en León, los descendientes de quienes hicieron la Reconquista, “gente sufrida que paga/ contribuciones y dietas/ para sostener la patria/ que abandonada la deja”; Lérida “aporta su contingente/ de riqueza y de sangre/ para que los que la olvidan/ la aprovechen y las gasten”; en Palencia, “el producto inseguro/ va íntegro a las arcas del Estado”, y no pueden “soportarse los recargos”. Y aquí sale a relucir el caciquismo: “Castilla la Vieja, mártir del caciquismo, que la abruma,/ y víctima del fisco que la aqueja”. Apenas hay, por otra parte, referencias políticas: solo en Logroño, patria de Espartero y Sagasta, se menciona el “árbol de la libertad”. En Cáceres, reprocha a “muchos/ grandes de España/ que allí tienen palacios/ en la montaña/ y que no los visitan/ ni por cumplido/ y dejan que se pudran en el olvido”. Y se lamenta de la explotación de las minas de cobre en Huelva a cargo de los ingleses: “Riquezas enormes/ nos llevan de casa/ por nuestra pereza/ las gentes extrañas”. Pero “no está la raza decadente”, afirma categóricamente en la hoja de Pamplona, “y puede la nación estar segura/ de que nunca extranjerías invasiones/ turbarán mucho tiempo su ventura”.

Una pertenencia a la nación española vivida con naturalidad

No puede decirse que Sinesio Delgado, autor de la *Salutación a la bandera* -premiada en el concurso convocado por el Ministerio de la Guerra en 1906 y cantada por los niños en las escuelas-, y de diversos himnos militares, como *La canción del soldado* (1917), no se sintiera profundamente español. Lo era sin duda y así lo demostró, con acentos dolidos, en la crisis del 98. De sí mismo dice, al tratar de la provincia de Palencia, de la que era natural, que “no formo parte de ese coro/ que enaltece a su patria hasta el abuso. (...)/ Eso sí, sentiría/ no nacer español/ pero no tanto/ que (...) me muriera al fin deshecho en llanto”. Ocasionalmente, da muestras en *España cómica* de la retórica nacionalista al uso,

como al referirse, en la hoja de Granada, al “rey cobarde/ que lloró como una esclava/ en vez de perder la vida/ antes que perder la patria”. Sin embargo, no encontramos en la publicación excesos retóricos, ni una afirmación explícita o la exaltación de la nación española. La pertenencia a la misma era algo indiscutible, en aquellos momentos, que no constituía ningún problema. Por ello, España y los españoles no requerían defensa alguna e incluso podían ser objeto de burla.

Ya en el prólogo, Delgado se refiere con sorna a “todo el grandioso pueblo de valientes/ y mujeres hermosas/ ¡Esa invencible España/ del peleón, las facas y los toros,/ donde pulula multitud extraña/ de godos, de romanos y de moros!”. Ésa es Castilla, concluye, que hace y gasta no a los hombres, sino a los “mequetrefes”.

Son tres los grandes episodios nacionales que se recogen: la Reconquista, el descubrimiento de América, y la Guerra de la Independencia. En la Reconquista que costó siglos de lucha “continua y tremenda, (...)/ encarnizadas chocaron/ dos religiones en ellas/ sacrificando en el choque/ generaciones completas”. El descubrimiento de América es recordado en La Rábida: “De aquel rincón (...)/ con rumbo a regiones/ ignotas, lejanas,/ partió la escuadrilla/ que había de darla (*sic*)/ dominios inmensos/ en tierras extrañas./ Si América tiene/ potentes escuadras,/ dinero a montones,/ campiñas pobladas,/ ciudades hermosas/ y mil otras gangas,/ al puerto de Palos/ le debe las gracias”. Y al recordar la Guerra de la Independencia, menciona a “los héroes de la lucha que admiraron al mundo”, “los bravos que en el sitio de Gerona/ sucumbieron al hambre y la miseria”, la “callada multitud que se dispone/ a presentar sus pechos en la brecha/ y a morir otra vez si es necesario/ para salvar la santa independencia”; “página sublime de la historia,/ timbre de orgullo para España entera”; en Zaragoza, el recuerdo del sitio también le “remoza (...) el impulso del patriotismo”.

Hay un manifiesto orgullo por la riqueza monumental del país. En Ávila, “una muralla muy notable/ y tan bien conservada que parece/ que está virgen de ataques”, y “una catedral sencillísima, elegante,/ que no tiene la fama que merece/ y que a más de otras cosas admirables/ encierra un buen retablo de El Tostado”. En Burgos, la Cartuja, el monasterio de las Huelgas y, sobre todo, la catedral de la que dice que “no hay en el mundo palacio/ del Señor más gigantesco”. La Mezquita de Córdoba es “un tesoro/ de tal belleza/ que no admite con nada comparaciones”. La Alhambra de Granada, “maravilloso conjunto (...)/ de una ardiente fantasía”. En León, la Catedral y San Marcos, cuyo deterioro lamenta porque “el azote del tiempo/ le va marcando sus huellas/ y arrancando capiteles/ y agrietando sus piedras/ y robando a las estatuas/ brazos, narices y piernas”. En Lugo, la muralla “que a la población rodea/ como firmísimo escudo”. La torre de la catedral de Murcia, “de tal belleza, que es un exceso”. La catedral de Oviedo. La Plaza Mayor y la catedral de Pamplona. Salamanca, en conjunto, “ciudad de piedra (...)/ como grandioso recuerdo/ de las edades pasadas”, con sus catedrales y una Plaza Mayor “grande, simétrica, hermosa,/ tal vez, la mejor de España”. El Alcázar y el Acueducto de Segovia, que son “dos monumentos morrocotudos”. La Giralda y el Alcázar de Sevilla. Las “celebrísimas” murallas de Tarragona. La Basílica del Pilar, de la que reclama a los curas que iluminen mejor la capilla donde se encuentra la Virgen. La Catedral, Santa María la Blanca, San Juan de los Reyes y el Alcázar en Toledo. Solo se destacan dos obras modernas: el

puede ser orgullo de toda la nación”, y la carretera del puerto de Pajares, “mágico resultado/ del combate gigantesco/ en que la Naturaleza/ fue vencida por el hierro”.

La tradición nacional que recoge Delgado comprende personajes históricos y de ficción -el Cid Campeador, Teresa de Ávila, “la santa poetisa inimitable”, Quevedo, Don Quijote y Sancho- y leyendas como la campana de Huesca o los amantes de Teruel. Entre los autores contemporáneos que cita destacan José María Pereda -“honra de la nación, noble figura (...)/ que reúne al talento la modestia/ y siendo general en *el oficio*,/ de alternar con la tropa no desdeña”-, y José Zorrilla, “el vate de nuestro siglo,/ el maestro de la rima”.

Pero la pulsión nacionalista de Sinesio Delgado tiene claros límites. Por ejemplo, no vincula en absoluto al Cid con España. La Mezquita de Córdoba no es la manifestación de “lo español” presente en la península desde tiempos remotos, sino “¡el arte de los moros/ en su pureza”, donde “para el preciso/ recogimiento/ hay que entrar con babuchas/ y con turbante (...)/ No es aquella la casa del Dios cristiano./ ¡Es Alá al que se adora/ de cualquier modo”. Se burla del despliegue militar en la frontera con Portugal, en Badajoz, ciudad que compara con “un soldado/ armado hasta las orejas./ Centinela de avanzada/ que no tiene que hacer nada (...)/ Se ve que lo principal/ es que crean que tomamos por lo serio a Portugal”. Pero le impresiona el Arsenal de Ferrol, en cuyos diques caben centenares de buques, con “sus naves erizadas de cañones,/ sostén y salvaguardia del Estado”. Y “los fuertes muros de Cartagena”, que “se alzan terribles (...) como atalaya”.

La actitud de los autores de *España cómica* es representativa del sentir general del país. En las primeras décadas de la Restauración, lo mismo que en la mayor parte del siglo XIX, la nación ocupaba un lugar secundario en las preocupaciones de los españoles, no porque no importara, sino porque todos lo daban por supuesto. España no estaba en cuestión. Los problemas eran otros.

En la década de 1880 y en los primeros años de la de 1890 hubo algunas muestras masivas de patriotismo que pueden inducir a error. Por ejemplo, la manifestación que tuvo lugar en Madrid, en 1883, en apoyo de Alfonso XII, a la vuelta del viaje de éste a Francia, donde había recibido una acogida hostil, o las celebradas en numerosas ciudades españolas en 1885, con motivo del conflicto con Alemania por las islas Carolinas. En 1890, también las gentes salieron masivamente a la calle en defensa de Isaac Peral y su submarino y, en 1893, a causa de la llamada “guerra de Melilla”, el sitio por los cabileños, durante tres días, del fuerte de Cabrerizas Altas, que se saldó con 41 muertos y más de cien heridos entre las fuerzas españolas. Pero aquellas manifestaciones fueron algo puntual, provocadas por sucesos concretos, que demuestran la existencia arraigada de una identidad española, pero que no necesita mostrarse más que en momentos concretos, ante provocaciones o desafíos exteriores.

Como ha escrito Andrés de Blas, “el nacionalismo es un recurso relativamente innecesario en la vida española del grueso del siglo (XIX)”. Para este autor, “no hay nada de particular” en ello; lo mismo ocurrió en Gran Bretaña donde el nacionalismo no adquirió fuerza hasta bien avanzado el siglo XIX, a consecuencia de la expansión imperial. En España, “la firmeza del Estado hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, es el

factor clave para entender el carácter tardío del nacionalismo español en un viejo Estado carente de una seria política expansiva y sin importantes desafíos internos o externos capaces de animar el despertar que al fin se producirá con la crisis finisecular” (Blas, 1991: 16, 20).

Un ejemplo de la ausencia de cuestionamiento de la nación española lo tenemos en la vida intelectual de la época, en el debate sobre “la ciencia española” que se desarrolló entre 1878 y 1882. Fue una polémica iniciada por el republicano Gumersindo de Azcárate al resaltar la importancia de la actuación del Estado en la vida cultural y achacar a la Inquisición el atraso científico español. En el mismo sentido habló Gaspar Núñez de Arce, en su discurso de ingreso en la Real Academia Española. Pero en contra de esta tesis se manifestaron, entre otros, Juan Valera, en su contestación a Núñez de Arce en la Academia y, sobre todo, Menéndez Pelayo, que trató de resaltar las realizaciones culturales de España en los siglos XVI y XVII. Lo significativo para nosotros es que lo que se debatía entonces es el sustantivo *ciencia* -si la hubo o no en España y por qué-, no el adjetivo *española*, porque todos dan por supuesto que en los siglos XVI y XVII ya existía la nación.

También en la vida política el hecho nacional fue secundario, en la medida que todos los partidos lo asumieron y ninguno hizo bandera específica de él. Lo central entonces era alcanzar la paz, acabar con las guerras civiles y pronunciamientos militares que venían sucediéndose desde que se implantó el régimen liberal, hacía cuarenta años, y que habían llegado a su paroxismo con la primera experiencia republicana. El objetivo fundamental era lograr una estabilidad institucional y gubernamental, que supusiera la conservación de la libertad -el Estado constitucional y los derechos individuales- frente a la reacción absolutista y medievalizante representada por el carlismo, y la amenaza del *caudillismo*, de una dictadura militar. ¿Qué mejor ocasión para afirmar la soberanía nacional que la aprobación del sufragio universal en 1890 por el partido liberal? Sin embargo, los responsables de esta reforma electoral resaltaron entonces sobre todo la culminación del proceso constitucional de España. Solo hubo un momento en que la cuestión nacional fue central en el debate político: la abolición de los fueros vascos; ocasión para que Cánovas afirmara rotundamente la soberanía nacional española y se opusiera a la idea de pacto con las provincias vascongadas como una alianza entre iguales (Dardé, 1994: 229).

España cómica. Apuntes de viaje es un documento histórico relevante de una época determinada: los primeros años de la Restauración. La visión de España que transmite, amable y con sentido del humor, tuvo los días contados y fue pronto sustituida por otra, triste y dolorida, que habría de resultar predominante durante todo el siglo XX (Juliá, 1996). Igualmente, la asunción no problemática de la nación española, que había sido generalizada hasta entonces, empezó a ser cuestionada en aquellos mismos años; en 1888, Cánovas se lamentaría, de “algunos síntomas de la mortal enfermedad del *particularismo* que, con nombre de regionalismo, intenta entre nosotros caminar en sentido opuesto a la civilización moderna, que tiende a fundir, no a disgregar, los pueblos de una misma raza” (Cánovas del Castillo, 1888: I, 55-56), una tendencia que desde entonces no ha hecho sino aumentar y radicalizarse.

Carlos Dardé
Universidad de Cantabria

BIOGRAFÍAS

Ramón Cilla (1859-1937)

Dibujante, nacido en Cáceres, dedicado principalmente a la caricatura. Después de estudiar en la Academia de San Fernando, se dio a conocer cuando sólo tenía 14 años publicando un trabajo en *El Mundo Cómico*. Si bien cultivó géneros como las aleluyas (*El Cardo*) y las historietas cómicas (*La Gran Vía*), lo que más le dio fama fueron las caricaturas de personajes de la época, con grandes cabezas y pequeños cuerpos, realizadas con realismo y detalle, que publicaba en el *Madrid Cómico*. Estas caricaturas ocuparon durante muchos años la portada de los números del *Madrid Cómico*, yendo acompañadas siempre de un verso jocoso, alusivo al personaje caricaturizado, de su amigo y director del semanario Sinesio Delgado.

Fue uno de los más importantes dibujantes de finales de siglo, con una extraordinaria habilidad expresiva, apareciendo sus dibujos y caricaturas en una gran parte de las publicaciones periódicas de los años de la Restauración, sin tener en cuenta su ideología política. Así, fue un asiduo colaborador en *La Viña*, *La Filoxera*, *El Cardo*, *La Gran Vía*, *El Cencerro*, *La Broma*, *La Carcajada*, *Lo Grit d'Espanya*, *La Humanidad*, *La Jeringa*, *La Caricatura*, *El Cesante*, *El Cabecilla*, *El Hulano*, *El Acabose*, *Pluma y Lápiz*, *Madrid Político*, *Valencia Cómica*, *La Saeta*, *Blanco y Negro*, etc. y muy especialmente en el *Madrid Cómico*, que fue el que le dio más fama y para el cual trabajó durante 15 años consecutivos como uno de sus principales dibujantes. Según González Martí, llegó a colaborar semanalmente, entre los años 1886 y 1900, en más de catorce periódicos y revistas. Desde 1894 trabajó para el fotograbado con trama, diferente al trazo a pluma que anteriormente empleaba.

Ilustró con sus dibujos diversas obras escritas en verso por Sinesio Delgado, como las editadas en Madrid por Manuel G. Hernández: *España cómica. Apuntes de viaje* (1887-88), en la que representó y caricaturizó algunos de los tipos y costumbres de las diferentes provincias españolas, *Pólvora sola. Composiciones en versos* (1888), *Almendras amargas* (1893) y *Pocas nueces*, publicada también en Madrid por la Imprenta de la Revista de Navegación y Comercio en 1894. También intervino en la ilustración de obras de otros autores: *Arlequinada*, de Torcuato Ulloa (Pontevedra, A. Landin, 1894); *Cuentos nacionales*, de Ángel R. Chaves (Madrid, Vda. e Hijos de la Riva, S.A.); *1895-96. El año teatral. Crónicas y documentos*, de Salvador Canals, editada por la Tip. de El Nacional en 1896; y *Titirimundi* (Madrid, G. Hernández, 1892) y *Tipos cómicos*, (Madrid, Sucs. de Rivadeneyra, 1897), ambas de Luis Taboada.

Pedro Casado Cimiano
(Casado Cimiano, 2006: 59-61)

Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898)

Dibujante, escritor y autor de obras teatrales. Empleaba el pseudónimo de “Mecachis”. Estudió algunos cursos de Medicina, pero dejó esta carrera por los estudios artísticos, matriculándose en 1879 en la Escuela Superior de Pintura, donde fue alumno de Federico de Madrazo y de Luis Rivera.

Colaboró con sus caricaturas y dibujos en muchas publicaciones periódicas: *La Broma*, *Madrid Cómico*, *La Jeringa*, *El padre Pullas*, *Oro y Azul*, *Fra Diávolo*, *El Matute*, *La Correspondencia de España*, *El Cabecilla*, *La Tomasa*, *La Semana Cómica*, *Madrid Político*, *La Saeta*, *Blanco y Negro* y, especialmente, en *La Caricatura*, la cual fundó con José Gil y Campos, en 1884, y en la que sus pseudónimos de “Mecachis” para los dibujos y de “Augusto Marnaz” para los textos literarios ocupaban gran parte del espacio.

Colaboró con Ramón Cilla en la realización de los dibujos de *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Manuel G. Hernández, 1887-88), en la que cada provincia española estaba representada por un conjunto gráfico de sus tipos y costumbres. En el reverso de cada estampa, figuraba un texto de Sinesio Delgado.

También ilustró obras, como *Del montón: retratos de sujetos que se ven en todas partes*, de Andrés Corzuelo y Manuel Matases (Madrid, Imp. de E. Rubiños, 1887); la ristra literaria de poesías cómicas titulada *Desafinaciones*, de Juan Pérez Zúñiga (Madrid, Juan Cayetano García, 1888) y los artículos cómicos de Torcuato Ulloa en *Arlequinada* (Ponvedra, A. Landin, 1894), en colaboración con Cilla, Sanmartín y González.

Fue autor de diversas obras teatrales, como el juguete cómico *Mademoiselle* (Madrid, Administración lírico-dramática, 1890); y las siguientes obras, todas publicadas en Madrid por R. Velasco Impresor: el juguete cómico *Sol* (1889), y los juguetes cómico-líricos *Tila* (1890) y *El castañar* (1892), realizados en colaboración con Antonio Liminiana; los sainetes líricos *Uno y repique* (1890) y *Los chicos* (1897), realizados en colaboración con Alejandro Larrubiera; y el juguete cómico-lírico *Pajarón* (1890). También fue autor de algunas series de barajas humorísticas.

Como muchos de los ilustradores más prolíficos y populares de su época, murió pobre, en la mayor indigencia. En 1901 la Administración del Noticiero-Guía de Madrid publicó la *Colección Mecachis. Historietas del famoso dibujante Eduardo Sáenz Hermúa (Mecachis)*, con varios artículos y poesías del mismo autor.

Pedro Casado Cimiano
(Casado Cimiano, 2006: 181-182)

Pablo Parellada y Molas “M. González” (1855-1944)

Autor teatral, escritor y caricaturista nacido en Valls (Tarragona). Ingresó en la Academia de Ingenieros Militares, donde adquirió el grado de teniente en 1878. Siendo capitán, fue nombrado profesor de la Academia General Militar y fue retirado por edad con el grado de coronel, para establecerse en Zaragoza.

Se dedicó con profusión a la caricatura, realizada con una comicidad ingenua y fácilmente entendible por el gran público. Desde 1884 y durante muchos años, colaboró, bajo el pseudónimo de “Melitón González”, con sus caricaturas y artículos humorísticos en gran número de publicaciones periódicas españolas, como *La Avispa*, *Madrid Cómico*, *Barcelona Cómica*, *La Correspondencia de España*, *El Gato Negro*, *La Semana Cómica*, *La Saeta*, *La Vanguardia*, *Blanco y Negro*, *Gedeón*, *ABC...*, y extranjeras, como *Caras y Caretas* y *El Hogar*, de Buenos Aires, *Pictorial Review*, de Nueva York, etc. Ilustró algunos libros suyos de cuentos cortos y unos álbumes de historietas humorísticas. En 1896, fueron recogidos algunos de sus trabajos en el volumen titulado *The Patent London Superfine*.

También colaboró con sus dibujos en la ilustración de algunos libros, como el de artículos cómicos de Torcuato de Ulloa, titulado *Arlequinada*, editado en Pontevedra por A. Landín en 1894, en el que participaron también otros afamados caricaturistas, como Cilla y “Mecachis”. Fue autor de numerosas obras teatrales, obteniendo desde la primera, *Los asistentes*, estrenada en 1895 en el teatro Lara de Madrid, un gran éxito de crítica y de público.

Pedro Casado Cimiano
(Casado Cimiano, 2006: 142)

Sinesio Delgado García (1859-1928)

Prolífico periodista y autor de sainetes y zarzuelas, muy popular en España a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, y hoy completamente olvidado. Nació en Támara de Campos (Palencia) el 12 de diciembre de 1859. Por imposición de su padre -que era médico cirujano- estudió la carrera de Medicina en la Universidad de Valladolid, obteniendo el título en 1879. Pero apenas ejerció la profesión de médico ya que en 1880 se trasladó a Madrid, donde se dedicó al periodismo y la literatura.

Comenzó colaborando en *Madrid Cómico*, semanario humorístico ilustrado. Entre 1883 y 1897 fue propietario y director de esta publicación, que convirtió en una de las más populares de la época, llegando a aumentar su tirada hasta los ocho mil ejemplares. Él mismo se encargaba de la redacción de gran parte de su contenido ya que en cada número escribía el texto inicial -que acompañaba a la caricatura de un personaje, con cabeza grande y cuerpo pequeño, realizada por Ramón Cilla-, y se ocupaba de las secciones “Correspondencia particular” y “Chismes y cuentos”; además, escribía la crítica teatral, con el pseudónimo de “Luis Miranda Borge”, y participaba en la sección de poesía, con el pseudónimo de “Rui-Díaz”. El éxito de este semanario contrasta con el fracaso de otro similar, *Madrid Político*, aparecido en febrero de 1885 y financiado por el liberal Segismundo Moret, que solo duró un año.

En 1888 se casó con Julia de Lara Valverde, hija de la famosa actriz de teatro Balbina Valverde. Poco antes había comenzado a estrenar sainetes y zarzuelas, realizadas en colaboración con diversos autores. A algunas de ellas, como *Tierra por medio*, le puso músi-

ca Ruperto Chapí. Parte de su producción estuvo dedicada a los niños, como *El paraíso de los niños*, zarzuela fantástica, escrita en colaboración con Carlos Arniches, y música de Joaquín Valverde (hijo). Entre 1895 y 1896 fue director artístico del Teatro Apolo.

Participó activamente en la fundación, el 16 de junio de 1899, de la Sociedad de Autores Españoles, actual SGAE. Colaboró con numerosas publicaciones, entre las que destaca el semanario y luego diario *ABC*, donde escribió diversas secciones desde el número 2, en enero de 1903, hasta su muerte, en 1928.

Fue autor de la *Salutación a la bandera* -premiada en el concurso convocado por el Ministerio de la Guerra en 1906 y cantada por los niños en las escuelas- y de diversos himnos militares, como *La canción del soldado* (1917).

Entre las iniciativas literarias que emprendió en *Madrid Cómico*, destaca la novela *Las vírgenes locas* (1886), compuesta por ocho autores distintos -entre ellos, Leopoldo Alas "Clarín", Jacinto Octavio Picón, José Ortega Munilla, Miguel Ramos Carrión y Eduardo del Palacio-, que ignoraban la identidad de los demás colaboradores y el hilo argumental de la obra, y que ha conocido una edición reciente a cargo de Rafael Reig.

Publicó diversas antologías de poesías y una temprana autobiografía, *Mi teatro*, en 1905.

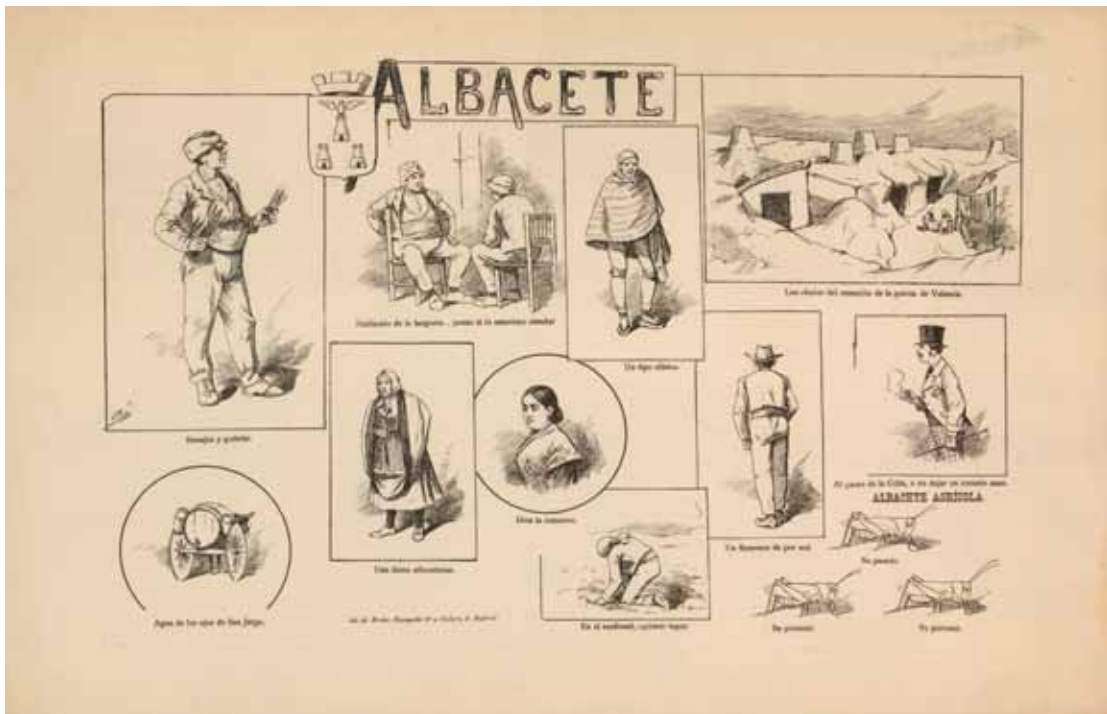
Carlos Dardé
Universidad de Cantabria

CATÁLOGO

Nuria García Gutiérrez



“Prólogo”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Imp. Manuel G. Hernández, 1888)
 R. Cilla, “Mecachis”, “M. González” (dibujos) y Sinesio Delgado (textos)
 Litografía, 320 x 495 mm



“Albacete”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Alicante”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. Espiritu-Santo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



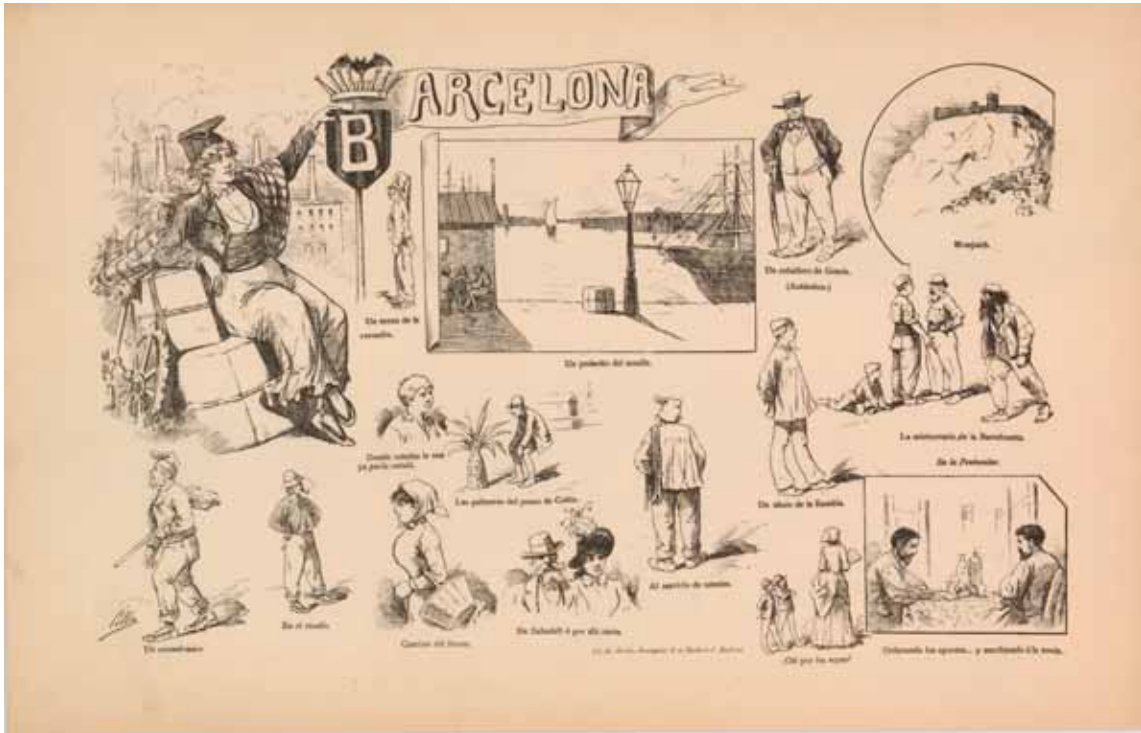
“Almería”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Ávila”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. Espiritu-Santo, 1887)
 Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898). Litografía, 320 x 495 mm



“Badajoz”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Barcelona”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Bilbao”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. Espiritu-Santo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Burgos”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Cáceres”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Cádiz”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Castellón”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Coruña”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
Sin firma (Ramón Cilla, 1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



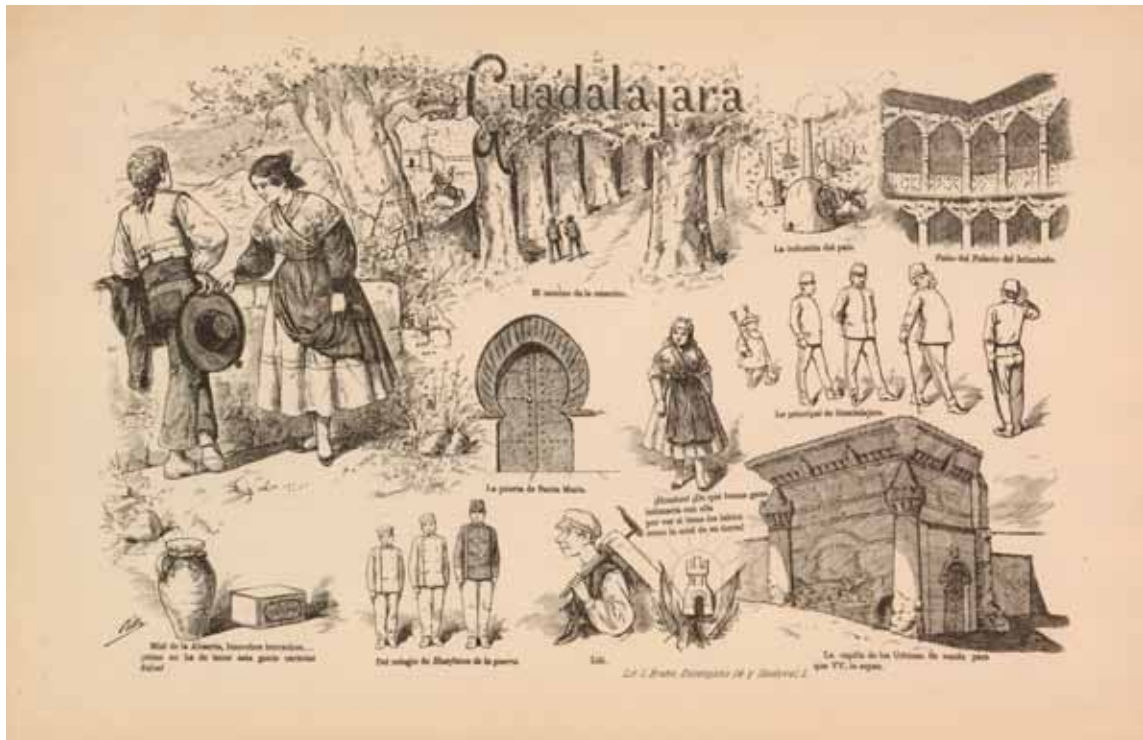
“Cuenca”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Gerona”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Granada”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Guadalajara”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Huelva”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



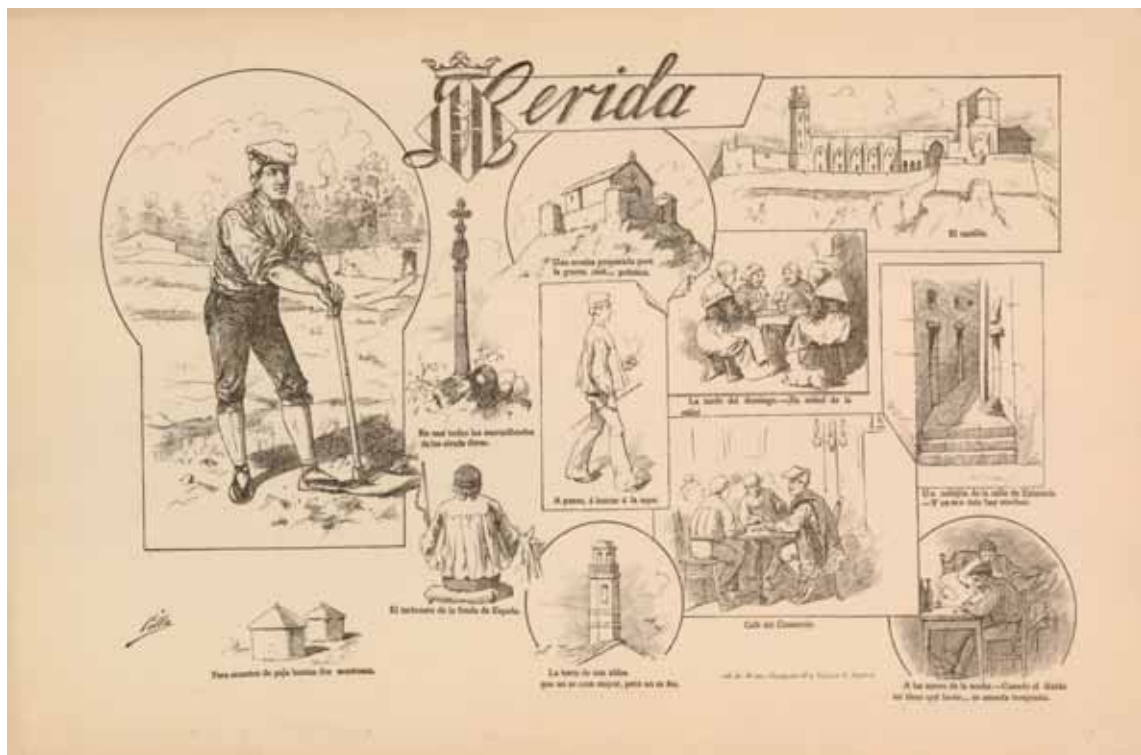
“Huesca”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Jaén”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Sin firma (Ramón Cilla, 1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



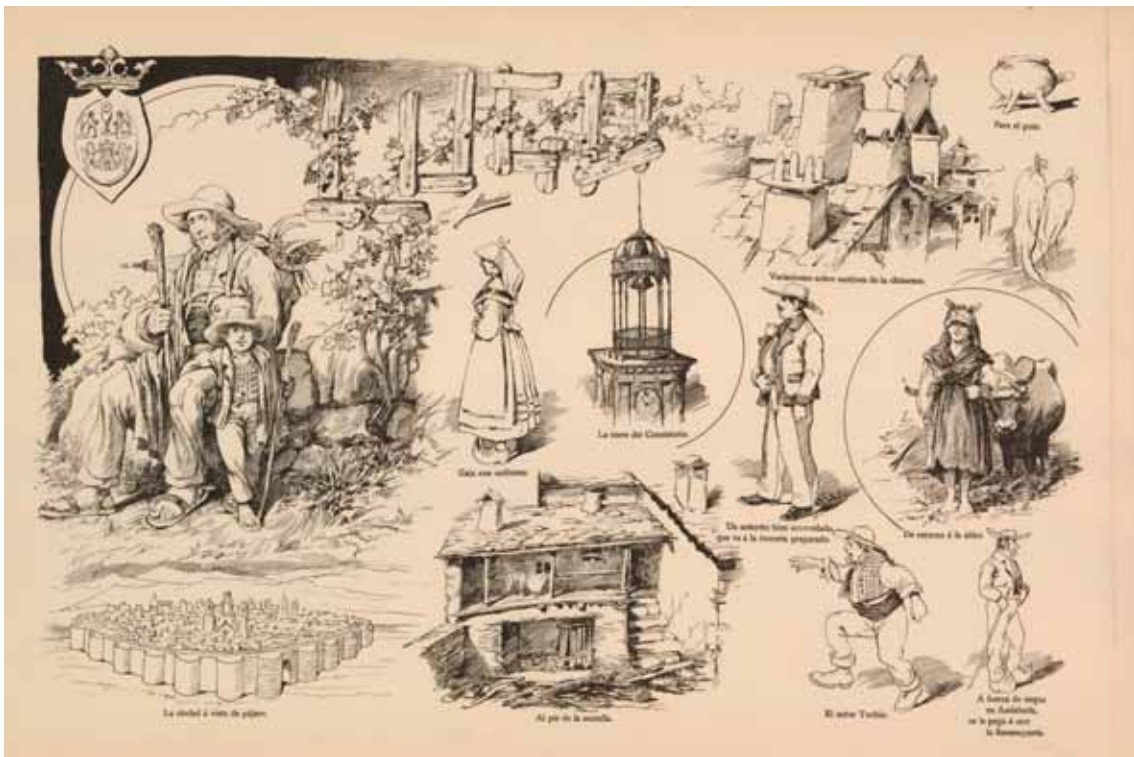
“León”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898). Litografía, 320 x 495 mm



“Lérida”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Logroño”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Lugo”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898). Litografía, 320 x 495 mm



“Madrid”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Málaga”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Oviedo”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898). Litografía, 320 x 495 mm



“Palencia”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



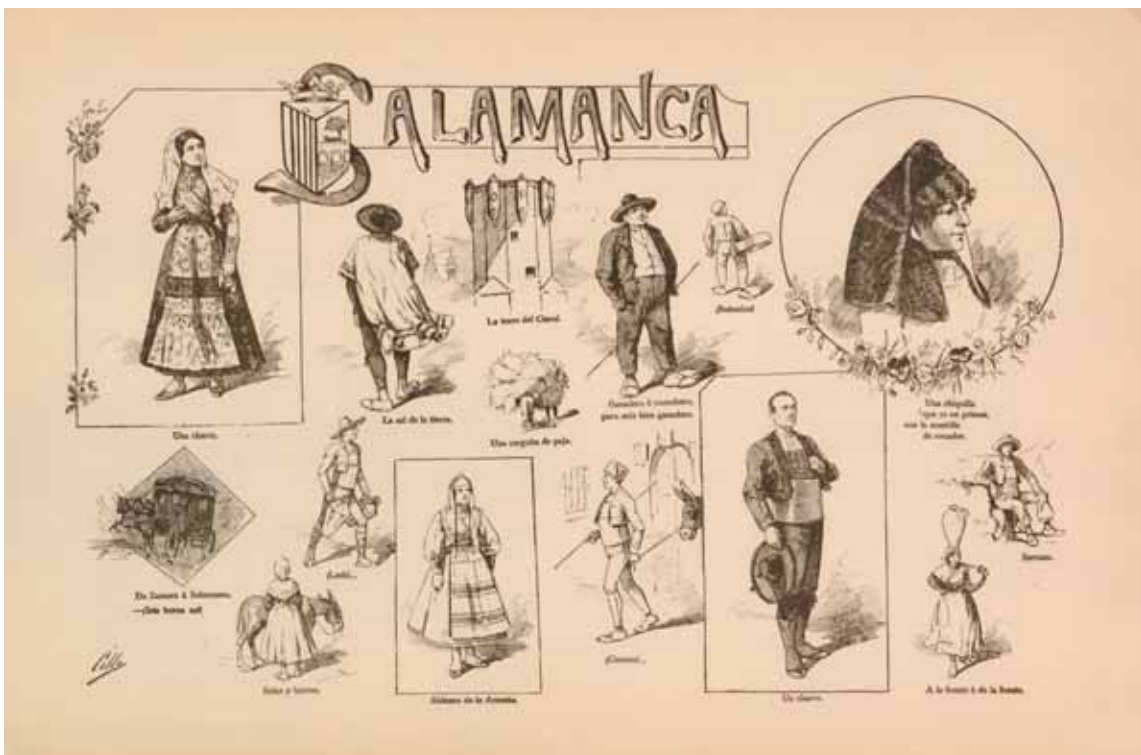
“Palma de Mallorca”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Pamplona”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Pontevedra”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1887)
 Eduardo Sáenz Hermúa “Mecachis” (1859-1898). Litografía, 320 x 495 mm



“Salamanca”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Santander”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Santa Cruz de Tenerife”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“San Sebastián”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Segovia”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Sevilla”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Soria”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Tarragona”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



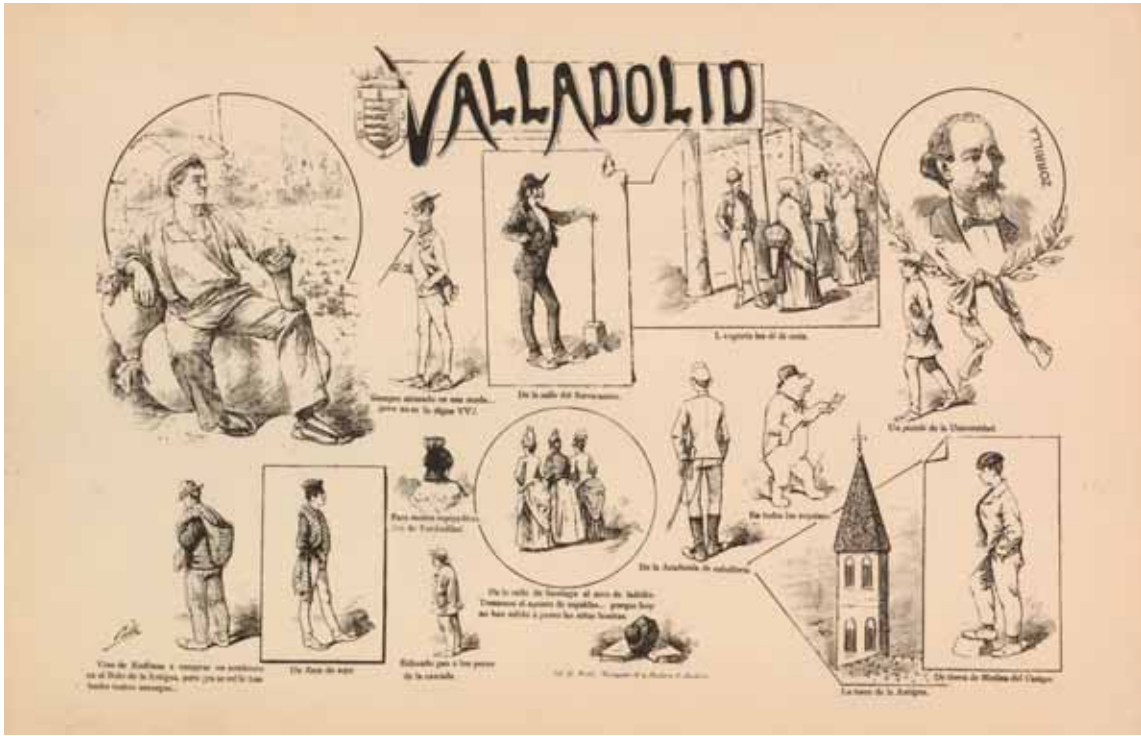
“Teruel”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Sin firma (Ramón Cilla, 1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Toledo”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Pablo Parellada y Molas “M. González” (1855-1944). Litografía, 320 x 495 mm



“Valencia”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Valladolid”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Vitoria”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1888)
 Sin firma (Ramón Cilla, 1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



“Zamora”. *España cómica. Apuntes de viaje* (1887)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm



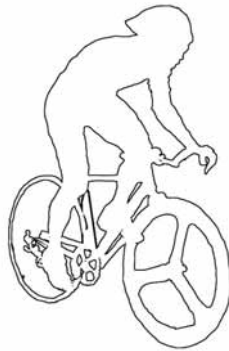
“Zaragoza”. *España cómica. Apuntes de viaje* (Madrid, Lit. de Bravo, 1888)
 Ramón Cilla (1859-1937). Litografía, 320 x 495 mm

MATERIAL DIDÁCTICO

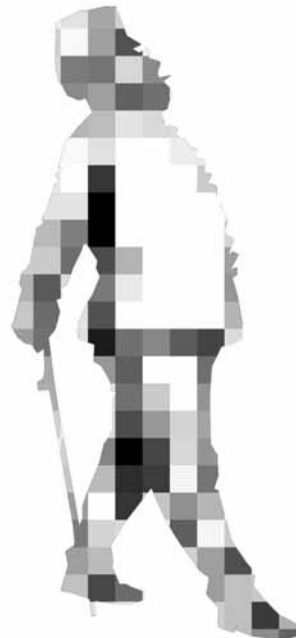
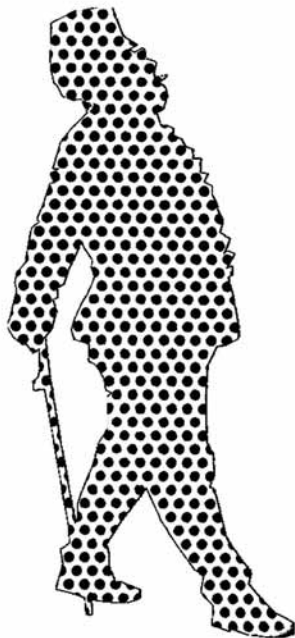
Juan Martínez Moro
Joaquín Martínez Cano
Joaquín Cano Quintana

En las imágenes de la exposición verás distintas formas de dibujo que van de la representación naturalista a las figuras de síntesis, que son las siluetas en negro contrastadas sobre fondo blanco.

Aquí te mostramos un posible proceso de abstracción hacia la silueta y el dibujo de contorno. Te proponemos hacer tus propias versiones en los dos extremos que han quedado libres.



A los personajes, figuras y siluetas se les puede dar un diferente tratamiento gráfico en función del estilo, la técnica o el significado simbólico que se quiera transmitir. ¿Con qué técnica gráfica identificarías cada uno de los dos personajes de la línea inferior?



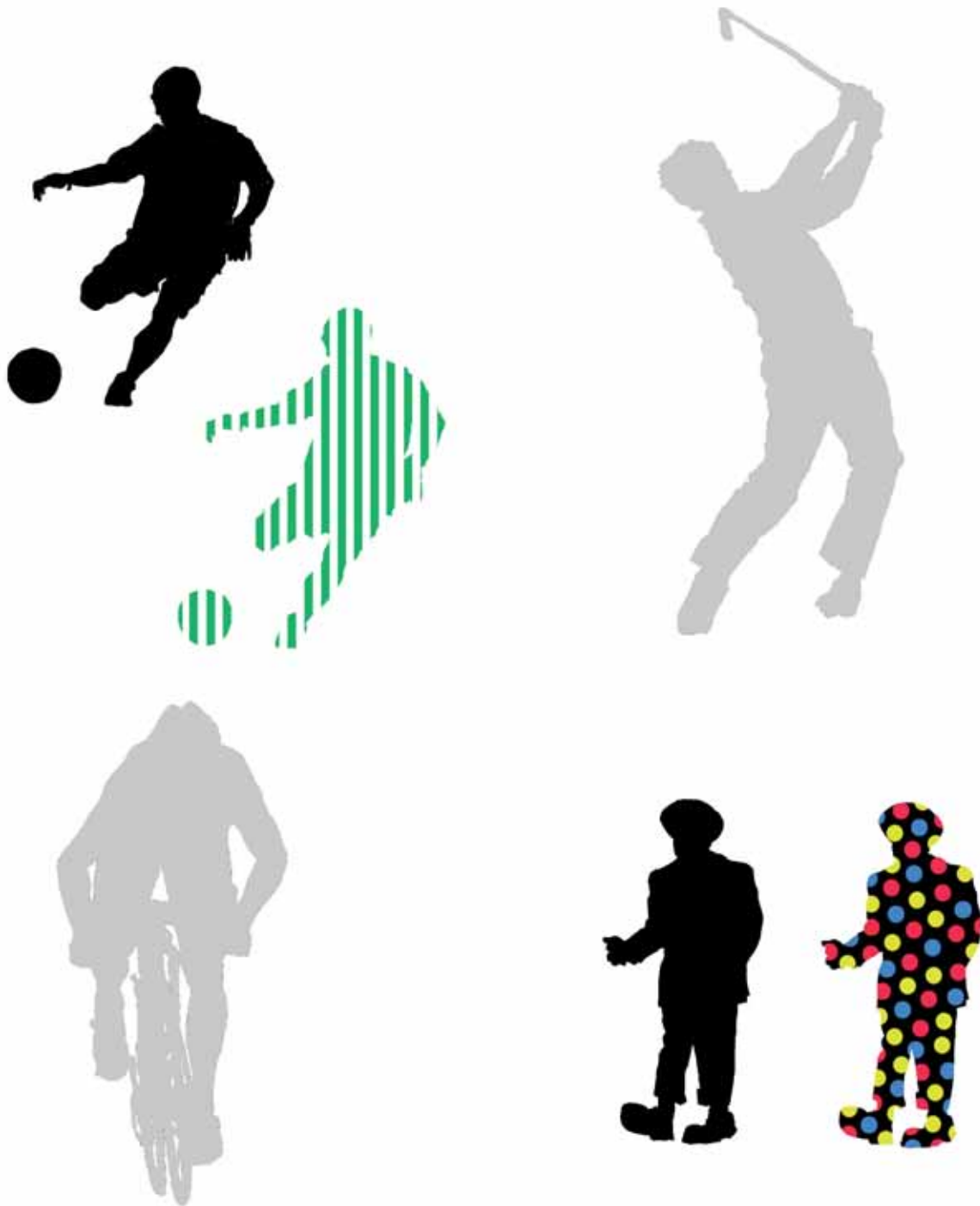
Los personajes son identificados, además de por la forma y el contorno, a través del color y la textura, como en los siguientes ejemplos:



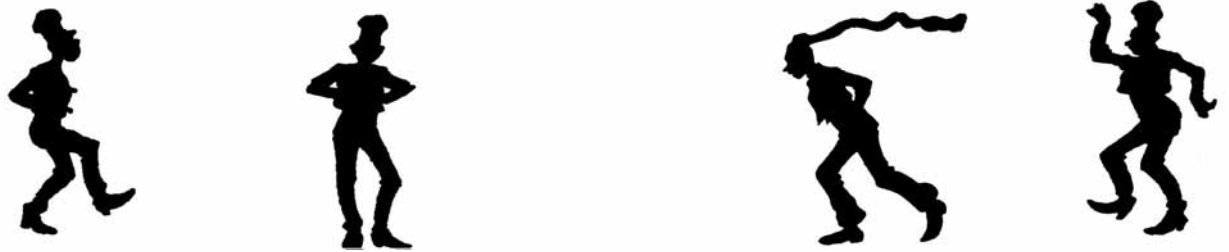
Te proponemos que caracterices a una figura como es la de Charlot y otra que tu elijas, con un color y/o una textura que las definan como personajes.



Los personajes que aparecen abajo están relacionados con Santander. Señala a qué actividad y ámbito profesional pertenecen cada uno de ellos. Rellena las siluetas que no están intervenidas con la textura y el color que les corresponde.



En la exposición podrás encontrar muchos personajes en forma de siluetas. Entre ellas se pueden establecer diferencias formales y también de expresividad e interrelación. Hemos distinguido tres conjuntos definidos por: la gestualidad corporal, la actitud dialogante y los grupos en movimiento. Como ejercicio te proponemos que busques estos y otros tipos en las imágenes de la exposición.



Hemos recogido estas imágenes de monumentos escultóricos de Santander. A partir de ellos se podrían hacer también personajes que, como ves, en algunos casos se parecen mucho a las siluetas en movimiento de la exposición.

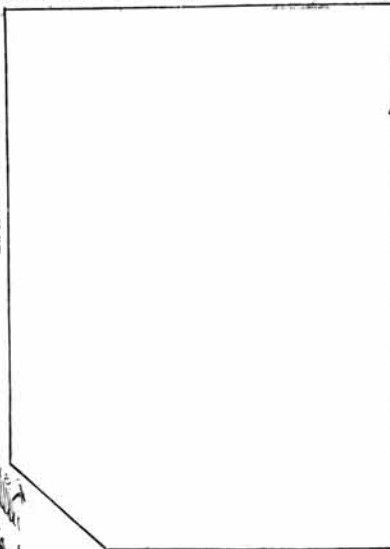
Te proponemos que con tu móvil fotografies otros monumentos, esculturas, personas de la calle u objetos y, después, las sinteticices en siluetas.



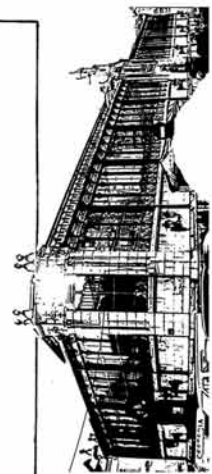
SANTANDER



En todas las veredas.



Servicio doméstico.



el más simpático y saleroso de los ciclorras.



Por último, hemos preparado la lámina de *España cómica* dedicada a Santander, modificando algunas de las viñetas y dejando libres otras para que tú mismo elabores una visión personal del Santander de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

BLAS, Andrés de, 1991, *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid, Tecnos.

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, 1888, *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*, Madrid, Colección de Escritores Castellanos, 2 vols.

CARR, Raymond, 1969, *España, 1808-1939*, Barcelona, Ariel.

CASADO CIMIANO, Pedro, 2006, *Diccionario biográfico de ilustradores españoles del siglo XIX*, Madrid, Ollero y Ramos.

CASADO CIMIANO, Pedro, y Mario Crespo López, 2007, *Isabel II y los inicios de Santander como ciudad de veraneo*, Torrelavega, Cantabria Tradicional.

DARDÉ, Carlos, 1994, “Cánovas y el nacionalismo liberal español”, en Guillermo Gortázar (ed.), *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noesis, pp. 209-238.

DELGADO, Alberto, 1963, *Sinesio Delgado y su obra. Ensayo sobre el ilustre escritor que fundó la Sociedad de Autores Españoles*, Madrid, Conferencias y Ensayos.

DELGADO, Sinesio, 1905, *Mi teatro*, Madrid, Imp. de los Hijos de M. G. Hernández.

FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, 1960, “Sinesio Delgado en su tiempo”, en Sinesio Delgado, *Mi teatro*, Madrid, Sociedad General de Autores de España, pp. 7-15.

GONZÁLEZ FREIRE, José Manuel, 2001, *Bio-Bibliografía de Sinesio Delgado*, Madrid, Universidad Complutense (tesis doctoral).

JULIÁ, Santos, 1996, “Anomalía, dolor y fracaso de España”, *Claves de Razón Práctica*, 66, pp. 10-21.

MOLINER, María, 2001, *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos.

QUINTANA, Beatriz, 1999, *Sinesio Delgado y el Madrid del 98. Aproximación al ilustre fundador de de la Sociedad de Autores y a su época*, Palencia, Cálamo.

RUEDA, Germán, 2006, *España, 1790-1900. Sociedad y condiciones económicas*, Madrid, Istmo.

WHITE, Hayden, 1973, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, John Hopkins.

1. La *España cómica* en la Colección UC de Arte Gráfico, 2009.

